diéronle rendidas gracias de que honrase aquella casa, como si le hubiera traido á ella su eleccion; y él estuvo tan alegre y agradable con todos, como si no se hallaran presentes los que fueron testigos de su resistencia. Repartió por su mano algunas joyas que hizo traer advertidamente para ostentar su desenojo; y por mas que se observaban sus acciones y palabras, no se conocia flaqueza en su seguridad, ni dejaba de parecer rey en la constancia con que procuraba juntar los dos estremos de la dependencia y de la magestad. A ninguno de sus criados y ministros (cuya comunicacion se le permitió desde luego) descubrió el secreto de su opresion, ó porque se avergonzase de confesarla, ó porque temió perder la vida, si ellos se inquietasen. Todos miraron por entónces como resolucion suya este retiro; con que no pasaron á discurrir en la osadía de los Españoles, que de muy grande se les pudo esconder entre los imposibles á que no está obligada la imaginacion.

Su constancia y liberalidad.

Disimula su opresion á los suyos.

Así se dispuso y consiguió la prision de Motezuma, y él estuvo dentro de pocos dias tan bien hallado en ella, que apénas tuvo espíritu para desear otra fortuna. Pero sus vasallos vinieron á conocer con el tiempo que le tenian preso los Españoles, por mas que le dorasen con el respeto la sujecion. No se lo dejaron dudar las guardias que asistian á su cuarto, y el nuevo cuidado con que se tomaban las armas en el cuartel; pero ninguno se movió á tratar de su libertad, ni se sabe qué razon tuviesen, él para dejarse estar sin repugnancia en aquella opresion, y ellos para vivir en la misma insensibilidad, sin estrañar la indecencia de su rey. Digno fué de grande admiracion el ardimiento de los Españoles; pero no se debe admirar ménos este apocamiento de ánimo en Motezuma, príncipe tan poderoso y de tan soberbio natural, y esta falta de resolucion en los Mejicanos, gente belicosa y de suma vigilancia en la defensa de sus reyes. Podriamos decir que anduvo tambien la mano de Dios en estos corazones; y no pareceria sobrada credulidad, ni seria nuevo en su providencia: que ya le vió el mundo facilitar las empresas de su pueblo quitando el espíritu á sus enemigos.

Hallábase bien con los Españoles.

Conocen los Mejicanos la prision.

Apocamiento de ánimo en él y en sus vasallos.

Dissolutum est cor eorum, et non remansit in eis spiritus.

Josue, cap. 5, vers. 1.

CAPITULO XX.

Cómo se portaba en la prision Motezuma con los suyos y con los Españoles. Traen preso á Cualpopoca, y Cortés le hace castigar con pena de muerte, mandando echar unos grillos á Motezuma miéntras se ejecutaba la sentencia.

Vieron los Españoles dentro de breves dias convertido en palacio su alojamiento, sin dejar de guardarle como cárcel de tal prisionero. Perdió la novedad entre los Mejicanos aquella gran resolucion. Algunos, sintiendo mal de la guerra que movió Cualpopoca en la Vera Cruz, alababan la demostracion de Motezuma, y ponderaban como grandeza suya el haber dado su libertad en rehenes de su inocencia. Otros creian que los dioses, con quien tenia familiar comunicacion, le habrian aconsejado lo mas conveniente á su persona; y otros, que iban mejor, veneraban su determinacion, sin atreverse á examinarla: que la razon de los reyes no habla con el entendimiento sino con la obligacion de los vasallos. Él hacia sus funciones de rey con la misma distribucion de horas que solia: daba sus audiencias, escuchaba las consultas ó representaciones de sus ministros, y cuidaba del gobierno político y militar de sus reinos, poniendo particular estudio en que no se conociese la falta de su libertad.

Discursos de los Mejicanos.

Gobernaba su imperio desde la prision.

La comida se le traia de palacio con numeroso acompañamiento de criados, y con mayor abundancia que otras veces: repartíanse las sobras entre los soldados españoles, y él enviaba los platos mas regalados á Cortés y á sus capitanes: conocíalos á todos por sus nombres, y tenia observados hasta los genios y las condiciones; de cuya noticia usaba en la conversacion, dando al buen gusto y á la discrecion algunos ratos, sin ofender á la magestad ni á la decencia. Estaba con los Españoles todo el tiempo que le dejaban los negocios: y solia decir que no se hallaba sin ellos. Procuraban todos agradarle, y era su mayor lisonja el respeto con que le trataban: desagradábase de las llanezas; y si alguno se descuidaba en ellas, procuraba reprimir el esceso, dando á entender que le conocia: tan celoso de su dignidad, que sucedió el ofenderse con grande irritacion de una indecencia que le pareció advertida en cierto soldado español, y pidió al cabo de la guardia que le ocupase otra vez léjos de su persona, ó le mandaria castigar, si se le pusiese delante.

Traiasele la comida de su palacio.

Conoció luego á los Españoles.

Comunicaba con ellos.

Desagradábase de sus llanezas.

Algunas tardes jugaba con Hernan Cortés al totoloque: juego

Jugaba con Cortés.

que se componia de unas bolas pequeñas de oro, con que tiraban á herir ó derribar ciertos bolillos ó señales del mismo metal á distancia proporcionada. Jugábanse diferentes joyas y otras alhajas, que se perdian ó ganaban á cinco rayas. Motezuma repartia sus ganancias con los Españoles, y Cortés hacia lo mismo con sus criados. Solia tantear Pedro de Alvarado, y porque algunas veces se descuidaba en añadir algunas rayas á Cortés, le motejaba con galantería de mal contador; pero no por eso dejaba de pedirle otras veces que tantease, y que tuviese cuenta de que no se le olvidase la verdad. Parecia señor hasta en el juego, sintiendo el perder como desaire de la fortuna, y estimando la ganancia como premio de la victoria.

Tanteaba Pedro de Alvarado.

Hacèsele instancia sobre la religion.

No se dejaba de introducir en estas conversaciones privadas el punto de la religion. Hernan Cortés le habló diferentes veces, procurando reducirle con suavidad á que conociese su engaño. Fray Bartolomé de Olmedo repetia sus argumentos con la misma piedad, y con mayor fundamento. Doña Marina interpretaba estos razonamientos con particular afecto, y añadia sus razones caseras, como persona recien desengañada, que tenia presentes los motivos que la redujeron; pero el demonio le tenia tan ocupado el ánimo, que se dejaba conquistar su entendimiento, y se quedaba inespugnable su corazon. No se sabe que le hablase, ó se le apareciese, como solia, desde que los Españoles entraron en Méjico; ántes se tiene por cierto que, al dejarse ver la cruz de Cristo en aquella ciudad, perdieron la fuerza los conjuros y enmudecieron los oráculos; pero estaba tan ciego y tan dejado á sus errores, que no tuvo actividad para desviarlos, ni supo aprovecharse de la luz que se le puso delante. Pudo ser esta dureza de su ánimo fruto miserable de los otros vicios y atrocidades con que tenia desobligado á Dios; ó castigo de aquella misma negligencia con que daba los oidos y negaba la inclinacion á la verdad.

Dureza de su ánimo.

Traen preso á Cualpopoca.

A veinte dias, ó poco mas, llegó el capitan de la guardia que partió á la frontera de la Vera Cruz, y trujo preso á Cualpopoca con otros cabos de su ejército, que se dieron al sello real sin resistencia. Entró con ellos á la presencia de Motezuma, y él los habló reservadamente, permitiéndolo Cortés: porque deseaba que los redujese á callar la órden que tuvieron suya, y dejarse engañar de aquella esterior confianza en que le mantenia. Pasó despues con ellos el mismo capitan al cuarto de Cortés y se los entregó, diciéndole de parte de su amo: « Que se los enviaba para que averiguase « la verdad, y los castigase por su mano con el rigor que merecian. » Encerróse con ellos: y confesaron luego « los cargos de « haber roto la paz de su autoridad: haber provocado con las

Va Cualpopoca remitido á Cortés.

« armas á los Españoles de la Vera Cruz, y ocasionado « la muerte de Arguello, hecha de su órden á sangre fria en un prisionero de guerra; » sin tomar en la boca la órden que tuvieron de su rey, hasta que reconociendo que iba de veras su castigo, tentaron el camino de hacerle cómplice para escapar las vidas; pero Hernan Cortés negó los oidos á este descargo, tratándole como invencion de los delincuentes. Juzgóse militarmente la causa, y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos delante del palacio real, como reos que habian incurrido en caso de lesa magestad. Discurrióse luego en la ejecucion, y pareció no dilatarla; pero temiendo Hernan Cortés que se inquietase Motezuma, ó quisiese defender á los que morian por haber ejecutado sus órdenes, resolvió atemorizarle con alguna bizarría, que tuviese apariencias de amenaza, y le acordase la sujecion en que se hallaba. Ocurrióle otro arrojamiento notable, á que le debió de inducir la facilidad con que se consiguió el de su prision, ó el ver tan rendida su paciencia. Mandó buscar unos grillos de los que se traian prevenidos para los delincuentes, y con ellos descubiertos en las manos de un soldado se puso en su presencia, llevando consigo á doña Marina, y tres ó cuatro de sus capitanes. No perdonó las reverencias con que solia respetarle; pero dando á la voz y al semblante mayor entereza, le dijo: « Que « ya quedaban condenados á muerte Cualpopoca y « los demas delincuentes, por haber confesado su « delito, y ser digno de semejante demostracion; pero que le « habian culpado en él, diciendo afirmativamente que le cometieron de su órden: y así era necesario que purgase aquellos indicios vehementes con alguna mortificacion personal: porque los « reyes, aunque no estaban obligados á las penas ordinarias, eran « súbditos de otra ley superior que mandaba en las coronas, y « debian imitar en algo á los reos, cuando se hallaban culpados, « y trataban de satisfacer á la justicia del cielo. » Dicho esto, mandó con imperio y resolucion que le pusiesen las prisiones, sin dar lugar á que le replicase: y en dejándole con ellas, le volvió las espaldas, y se retiró á su cuarto, dando nueva órden á las guardias para que no se le permitiese por entónces la comunicacion de sus ministros.

Confiesa la invasion, y la muerte de Arguello.

Confiesa despues la órden de Motezuma.

Es condenado á muerte.

Teme Cortés que se inquiete Motezuma.

Mándale poner unos grillos.

Lo que le dijo ántes de aprisionarle.

Fué tanto el asombro de Motezuma, cuando se vió tratar con aquella ignominia, que le faltó al principio la accion para resistir, y despues la voz para quejarse. Estuvo mucho rato como fuera de sí: los criados que le asistian acompañaban su dolor con el llanto, sin atreverse á las palabras, arrojándose á sus pies para recibir el peso de los grillos: y él volvió

Espanto y turbacion de Motezuma.

de su confusion con principios de impaciencia; pero se reprimió brevemente: y atribuyendo su infelicidad á la disposicion de sus dioses, esperó el suceso, no sin cuidado, al parecer, de que peligraba su vida; pero acordándose de quien era, para temer sin falta de valor.

No perdió tiempo Cortés en lo que llevaba resuelto: salieron los reos al suplicio, hechas las prevenciones necesarias para que no se aventurase la ejecucion. Consiguióse á vista de innumerable pueblo, sin que se oyese una voz descompuesta, ni hubiese que recelar. Cayó sobre aquella gente un terror que tenia parte de admiracion, y parte de respeto. Estrañaban aquellos actos de jurisdiccion en unos estrangeros, que, cuando mucho, se debian portar como embajadores de otro príncipe; y no se atrevieron á poner duda en su potestad, viéndola establecida con la tolerancia de su rey: de que resultó el concurrir todos al espectáculo con un género de quietud amortiguada, que sin saber en qué consistia, dejó su lugar al escarmiento. Ayudó mucho en esta ocasion el estar mal recibida entre los Mejicanos la invasion de Cualpopoca, y se hizo su delito mas aborrecible con la circunstancia de culpar á su rey: descargo que pasó por increible; y aun siendo verdadero, se culpara como atrevido y sedicioso. Débese mirar este castigo como tercer atrevimiento de Cortés que se logró como se habia discurrido, y se discurrió sobre principios irregulares. Él lo resolvió, y lo tuvo por conveniente y posible: conocia la gente con quien trataba, y lo que suponia en cualquier acontecimiento la gran prenda que tenia en su poder. Dejémonos cegar de su razon, ó no la traigamos al juicio de la historia, contentándonos con referir el hecho como pasó, y que una vez ejecutado, fué de gran consecuencia para dar seguridad á los Españoles de la Vera Cruz, y reprimir por entónces los principios de rumor que andaban entre los nobles de la ciudad.

Ejecútase la sentencia en público.

Terror de los Mejicanos.

Estaba mal recibido Cualpopoca.

Juicio de esta animosa ejecucion.

Volvió luego Cortés al cuarto de Motezuma, y con alegre urbanidad le dijo: « Que ya quedaban castigados los traidores que se atrevieron á manchar su « fama: y él habia cumplido ventajosamente con su obligacion, su« jetándose á la justicia de Dios con aquella breve intermision de su « libertad. » Y sin mas dilacion le mandó quitar los grillos, ó como escriben algunos, se puso de rodillas para quitárselos él mismo por sus manos: y se puede creer de su advertencia que procuraria dar con semejante cortesanía mayor recomendacion al desagravio. Recibió Motezuma con grande alborozo este alivio de su libertad: abrazó dos ó tres veces á Cortés, y no acababa de cumplir con su agradecimiento. Sentáronse luego en conversacion amigable; y Cortés usó con él de otro pri-

Vuelve Cortés al cuarto de Motezuma.

Quitale los grillos por sus manos.

mor, como los que andaba siempre meditando, porque mandó que se retirasen las guardias, diciéndole que se podria volver á su palacio, cuando quisiese, por haber cesado ya la causa de su detencion. Y le ofreció este partido sobre seguro de que no le aceptaria, por haberle oido decir muchas veces con firme resolucion, que ya no le convenia volverse á su palacio, ni apartarse de los Españoles hasta que se retirasen de su corte, porque perderia mucho de su estimacion, si llegasen á entender sus vasallos que recibia de agena mano su libertad. Dictámen que se hizo suyo con el tiempo, siendo en la verdad influido; porque doña Marina y algunos de los capitanes le habian puesto en él á instancia de Cortés, que se valia de su misma razon de estado para tenerle mas seguro en la prision. Pero entónces, conociendo lo que traia dentro de sí la oferta de Cortés, dejó este motivo, tratándole como ageno de aquella ocasion, y se valió de otro mas artificioso: porque le respondió: « Que agrade« cia mucho la voluntad con que deseaba restituirle á « su casa; pero que tenia resuelto no hacer novedad, « atendiendo á la conveniencia de los Españoles; por« que una vez en su palacio, le apretarian sus nobles y ministros en « que tomase las armas contra ellos, para satisfacerse del agravio « que habia recibido. » Por cuyo medio quiso dar á entender que se dejaba estar en la prision para cubrirlos y ampararlos con su autoridad. Alabó Cortés el pensamiento, agradeciendo su atencion como si la creyera; y quedaron los dos satisfechos de su destreza, creyendo entrambos que se entendian, y se dejaban engañar por su conveniencia, con aquel género de astucia ó disimulacion que ponen los políticos entre los misterios de la prudencia, dando el nombre de esta virtud á los artificios de la sagacidad.

Diòle permision para que se fuese á su palacio artificiosamente y sobre seguro.

Motivo mas artificioso de Motezuma.